

aunque la mayor parte de los egiptólogos la localizan cerca de alguno de los brazos más orientales del Nilo, por donde se alzaba la ciudad de Tanis, recordada en los Salmos. Allí estaban también las construcciones ejecutadas por Ramsés II, para fortificar los pasos de Egipto a Palestina y para servir depósitos de víveres y municiones. Y así nos explicamos el nombre de Pi-Ramsés, «ciudad de Ramsés» y Pi-thum, «morada del dios atum», calificada por el éxodo de ciudad de los aluacenes. La misma Avaris, capital de los Faraones que acogieron al clan jacobita, se encontraba en esta región. Allí los israelitas se encontraban cerca de su país de origen, y disponían de un terreno fértil para apacentar sus rebaños, viviendo bastante apartados de los egipcios, «para quienes eran abominables todos los pastores de ganado menor», como dice el Génesis y atestigua a su vez Heródoto. Sin duda, muchos de ellos se derramaron después por todas las riberas del Nilo, y según parece, hubo algunos grupos que emigraron de nuevo hacia Canaán, antes de la gran salida. Los documentos egipcios aluden a la presencia de Israel en Palestina, antes de Moisés, y en los escarabajos sagrados de los reyes de la dinastía XXI aparece el nombre de Jacob-El. Recordemos también, para ilustrar el ambiente en que empieza la historia mosaica, el relato biográfico de Sinuhe, un importante funcionario, a cuyo conocimiento llegó por casualidad una comunicación secreta destinada para el Faraón, lo cual le obligó a expatriarse. Es un documento en que se alude a la «muralla edificada para que los asiáticos no irrumpan en las tierras de Osiris».

CAMBIOS POLITICOS

Hay en esta frase una alusión a la gran preocupación nacional del pueblo egipcio por

aquella época. Poco después del año 2000 antes de Cristo empezamos a observar un comienzo de inmigración del Asia hacia las tierras faraónicas. La historia de José nos habla de mercaderes madianitas que se dirigen hacia Egipto, y las inscripciones de una tumba egipcia de 1900 aluden a un grupo de treinta y siete beduinos del desierto, que llegan con tributo de pintura verde para los ojos. Uno de ellos, «príncipe del desierto», lleva el nombre bíblico de Abshai o Abishas. La penetración se intensifica durante el gobierno de la dinastía XIII, hacia el año 1800, que representa un momento de humillación y decadencia, y poco tiempo después se convierte en invasión. En Avaris se establecen los reyes «hiksos» o pastores; estos beduinos semitas, mezclados acaso con oleadas hititas, pero que en todo caso vienen del Asia. Desde el Delta extenderán su dominio Nilo arriba, llegarán hasta Menfis y llegarán hasta el Alto Egipto, estableciendo una supremacía asiática, que duró más de dos siglos. En esta atmósfera se realiza el encumbramiento de José y la llegada de su padre Jacob, «a quien pudiera haberse llamado también príncipe del desierto». Sus descendientes se propagan y se enriquecen, aprovechando el favor de los mismos Faraones, que son sus compatriotas, y su prosperidad no es más que una manifestación especial de la que disfrutaban en el país todos los asiáticos.

Esta situación se prolonga hasta la primera mitad del siglo XVI. Hacia 1580, Ahmósis inicia la guerra de la independencia. La prosiguen Amenhotep I y Thutmosis I, y hacia el 1400, Egipto no solamente ha logrado sacudir el yugo extranjero, sino que puede gloriarse de perseguir a los antiguos dominadores en Siria y Palestina. Con esto